

EL PACIFISMO ACTIVO

por DOMINGO RICART

Publicado por

EL COMITE MUNDIAL DE LOS AMIGOS

Sección de las Américas

20 South 12th Street, Philadelphia 7, Pa.

y el

Colegio Wilmington, Wilmington, Ohio.

Ya es bien sabido que uno de los testimonios tradicionales de Los Amigos es su pacifismo, su adhesión inquebrantable al principio de no-violencia. Desgraciadamente los momentos que vivimos dan una actualidad palpitante, urgente y apremiante a este testimonio. Con el deseo de contribuir en lo posible a aclarar conceptos y ayudar a encauzar nuestro pensar y nuestro obrar por el único camino que, según nuestra firme convicción, es conforme a las enseñanzas de Cristo, me ha parecido oportuno dar este mensaje.*

Muy fácilmente pueden encontrarse argumentos puramente de razón para demostrar la inutilidad de toda guerra. El gran humanista cristiano, Juan Luis Vives, quien vivió a principios del siglo xvi en una sociedad desgarrada por guerras y luchas civiles, en un ambiente donde la violencia era la práctica común, y precisamente cuando las armas de fuego empezaron a usarse en gran escala, ha escrito páginas bellísimas sobre la irracionalidad de la guerra en su libro *De Concordia y Discordia*. Nuestra generación, que ha sufrido guerras internacionales de magnitud aterradora, guerras civiles desgarradoras y revoluciones sin número, puede certificar muy fácilmente cuán contraproducentes resultan los métodos violentos que pretenden resolver los conflictos. Por años, y aún por generaciones, las sociedades que recurren a la violencia han de pagar, tanto las que aparecen como victoriosas como las que resultan vencidas, y muy caro, el coste material y moral de haber hecho recurso a la fuerza.

Se han aducido algunas veces textos bíblicos (naturalmente todos del Antiguo Testamento) para justificar las guerras o, por lo menos, para explicarlas como un fenómeno social inevitable y como un castigo de Dios. Pues lo cierto es que no podrán encontrarse entre los libros doctrinales e históricos del Nuevo Testamento ninguna justificación, ni mucho menos aprobación, de la violencia y la guerra. Pero no es con una batalla de textos bíblicos como vamos a resolver la divergencia y aún oposición manifiesta que desgraciadamente existe entre los cristianos sobre la interpretación del ejemplo y en-

* Mensaje dado en el Seminario Evangélico de Teología. Matanzas, Cuba, mayo de 1957.

señanzas de Jesús a este respecto. No cabe duda *en nuestro espíritu* que cuando nos enfrentamos ante Dios, y con toda ingenuidad, sinceridad y docilidad tratamos de descubrir cuál es su camino y su método para resolver los conflictos de nuestra vida, de nuestra sociedad y del mundo entero, hallaremos por experiencia que la violencia no es el método de Dios, ni es el ejemplo de Jesucristo, ni es un sistema constructivo. Al enfrentarnos con Cristo en la Cruz sabemos positivamente, y llegamos a la convicción y seguridad de que el mal sólo se puede vencer con el sufrimiento, con la abnegación, anegándolo con una sobre-abundancia de bien. No hay subterfugio que valga, no caben distinciones ni tentativas hábiles de explicación textual para atenuar la fuerza contundente de las afirmaciones positivas del Maestro en el Sermón del Monte y sobre todo de su ejemplo en el Calvario.

Aunque nos llamamos cristianos, y como tales queremos ser considerados, continuamos viviendo la mayor parte de nuestras vidas sólo en las dos dimensiones de tiempo y espacio. Dejamos aparte, reservada exclusivamente para nuestras relaciones personales e íntimas, la tercera dimensión, de eternidad. Pero toda nuestra vida puede y debe vivirse en los tres planos; y los conflictos que nos abruman, preocupan y agotan sólo pueden tener una solución apropiada si los enfocamos en esta triple dimensión. Tratemos pues de enfocar y considerar las áreas de conflicto en las que nos hallamos envueltos en este nivel, y entonces es seguro que hallaremos la respuesta adecuada a nuestras interrogaciones apremiantes. Veamos algunas aplicaciones de esta actitud.

Como cristianos podemos adoptar dos actitudes ante las crisis de este mundo, sobre todo en los conflictos ante una autoridad abusiva, o en caso de agresión internacional: la actitud profética, absoluta, que no deja lugar a compromiso ni a subterfugio; y la actitud que llamaríamos práctica, relativista. La primera es la actitud del hombre inspirado por Dios que proclama sin temor la Verdad y la Voluntad Divina. Es la actitud que tomó, por ejemplo, Jorge Fox al dirigirse al dictador Cromwell:

“El poder de Dios se levantó en mí y me sentí movido a suplicarle que depusiera su corona a los pies de Cristo.”

O cuando él mismo se dirigió al rey Carlos II: “El espíritu de la Verdad nunca nos llevará a luchar ni a hacer guerra contra hombre alguno con armas externas, ni para el reino de Cristo ni para los reinos de la tierra”.

Es el mismo espíritu que condujo al cuáquero americano, Rufus Jones, con otros dos compañeros, movidos por un impulso divino irresistible, a presentarse al jefe de la temible Gestapo alemana. En nombre de Dios le conminaron a que dejara de perseguir a los judíos y obtuvieron de él lo que nunca nadie había ni aún soñado alcanzar. No sólo salieron incólumes, sino que lograron que muchas vidas inocentes fueran salvadas al ser autorizados muchos judíos a abandonar Alemania.

Muy pocos desgraciadamente tenemos la fe, el valor y la fortaleza necesarios para adoptar una actitud profética con los riesgos que ella entraña, como claramente nos lo demostró Jesucristo.

Pero hay otra actitud posible para el cristiano y ésta sin excusa para él. Está abierta a todos, y es la sola alternativa que con sinceridad y eficacia podemos seguir si persistimos en llamarnos seguidores de Cristo. Es la actitud práctica y relativista, la cual, aceptando como norma las enseñanzas y ejemplos de Jesús, trata de edificar paso a paso la ciudad de Dios en este mundo. De ella nos dan ejemplo algunos estadistas cristianos como Guillermo Penn y su Santo Experimento de Pennsylvania, al considerar la función de gobierno y la intervención en la vida pública, inspiradas en los ideales cristianos, como parte de la misma religión. La autoridad civil, la cual es necesaria y cuyos fines son regir la sociedad formada por los hombres, debe ser compartida por todos los cristianos y respetada siempre que no se oponga a las enseñanzas divinas. No se puede permitir que la monopolicen y la usufructúen aquellos cuyos ideales son el medro personal y el provecho propio. Una política cristiana no es fácil, pero es un ideal hacia el cual debemos tender y en cuya consecución es preciso que nos esforcemos. Aceptada esta necesidad de intervención, y la posibilidad y deber de una política cristiana, ¿cómo llevarla a cabo? He aquí cuatro principios que deben gobernar la vida pública cuando se considera a ésta en la dimensión de eternidad.

1) *No por la fuerza sino por el espíritu.*—Sabemos perfectamente que la fuerza de coacción fácilmente se trueca en poder incontrolable y ciego, que muchas veces se vuelve contra aquellos mismos que han empezado usándola. El que tiene la fuerza no está dispuesto a razonar. Tampoco el que sufre sus consecuencias. La historia, y la experiencia nuestra de cada día, nos demuestran que los valores espirituales y morales, que son los únicos que a la larga cuentan, nunca han sido protegidos, promovidos ni sostenidos por la coacción, la violencia ni la fuerza.

2) *El amor es constructivo.*—Cuando todos tenemos la experiencia de que nuestra vida personal y familiar sólo se desarrolla plenamente y con normalidad cuando es inspirada por el amor; cuando todos los educadores están de acuerdo en que la eficacia de su labor depende de que logren establecer entre el maestro y el alumno, y hasta con la misma materia que se trata de aprender, una relación afectiva, ¿cómo puede imaginarse que en el plan social e internacional este poder constructivo del amor no produciría los mismos resultados? Además, bien sabemos los cristianos que, por amor, Dios mandó a su Hijo Unigénito al mundo y que, por amor, Cristo se sacrificó en la cruz.

3) *Una sociedad integrada* requiere la cooperación de todos sus miembros. La solidaridad con Cristo, que es el privilegio y el deber de todos los cristianos, exige que consideremos a todos y cada uno de los hombres como miembros del mismo

cuerpo místico de Cristo, como hermanos nuestros. En todo caso, como hijos de Dios, criados a imagen y semejanza suya, que poseen todos en su corazón la simiente divina. Está en nuestro poder, con la ayuda divina, hacerla fructificar. Una sociedad de hijos de Dios, de hermanos, de miembros del mismo cuerpo místico, es inconcebible que luche y trate de destruirse. Esta sociedad ha sido instituida para colaborar.

4) *El poder redentor del sacrificio.*—Consideramos a menudo el ejemplo de Cristo sacrificándose en la Cruz y nunca nos atreveríamos a poner en duda su validez. Pero, ¿hemos considerado lo bastante que su ejemplo también tiene validez para nosotros y en nuestra época? Si creemos teóricamente en la eficacia del método de Cristo ¿por qué no lo usamos? ¿Por qué estamos dispuestos a gozarnos y a consolarnos con los frutos del sacrificio de Cristo, y no estamos nosotros dispuestos a seguir el mismo camino que es sufrir, si es necesario, y sobre todo no causar voluntariamente sufrimiento ni dolor?

El Pacifismo cristiano muchas veces ha sido acusado de actitud negativa. Nada más lejos de ello. El cristiano es un hacedor de paz. El cristiano vive afirmativamente, se deja guiar por la ley del amor y se esfuerza en librarse él personalmente de las condiciones que destruyen la paz, y trata de ayudar a la sociedad a hacer lo mismo. “Mirad que la semilla de la guerra o conflicto no se halle en las cosas que poseemos: dinero, muebles, vestidos”, decía el gran apóstol de la paz y de la justicia social, Juan Woolman.

El pacifista cristiano se preocupa activamente de todas las injusticias que son el germen de los conflictos que azotan a la humanidad. El pacifismo efectivo es sólo aquel que trabaja positivamente en remover las causas de toda guerra y conflicto, por ejemplo, aplicándolo a situaciones locales, a cualquier discriminación que se practique por motivos de color, de raza, de nacionalidad o de creencias. Otras causas de conflicto de las cuales el cristiano ha de percatarse y hacerse espiritualmente sensible son toda explotación económica del hombre por sus semejantes y de una nación por otra; y toda tiranía que oprime, terroriza, rebaja y degrada a las personas.

El cristiano hacedor de paz es el que está dispuesto a compartir personalmente y a trabajar para que la nación de la que él forma parte comparta el exceso de productos, la capacidad técnica y la visión de un futuro mejor como realidad posible, con aquellos individuos y pueblos que carecen de los unos y las otras. Puede llegar un momento cuando las injusticias de las que somos víctimas o testigos han alcanzado un extremo cuya tolerancia es difícil, y cuando representan una tentación positiva e inevitable para muchos a recurrir al método anticristiano de la fuerza. Es preciso, entonces, recordar que tenemos un arma irresistible contra la que se embotan las armas de la fuerza, y es *la resistencia pasiva*. Para aplicar este método, con el espíritu debido y la eficacia deseada, hay que tomar en cuenta las reglas siguientes. En primer lugar pueden practicarse la desobediencia civil y la no-cooperación:

esto es, el rehusar pacífica, disciplinada y resueltamente a cumplir una ley o a ejecutar acciones que son contrarias al bien de la comunidad. Entiéndase bien. Tomar esta actitud con verdadero espíritu cristiano no es cosa fácil. Decía Juan Woolman: "Requiere gran abnegación propia y espíritu de resignación y entrega de cada uno de nosotros a Dios el alcanzar aquel estado en el cual podemos dejar libremente de luchar cuando injustamente nos invaden, nos atacan y provocan, aún cuando creemos que con nuestra lucha hay la probabilidad de dominar al invasor. Cualquiera que alcance este estado, es que siente, hasta cierto punto, y participa de aquel espíritu con el cual nuestro Redentor dio la vida por nosotros".

Esto nos lleva al segundo punto que es el de saber demostrar al agresor, al opresor o al tirano, nuestra buena voluntad como persona, considerarlo también hijo de Dios, que tiene su imagen, y como persona redimida por Cristo a quien queremos que conozca, para que se salve. Esta es el arma espiritual más fuerte e irresistible con que podemos subyugar y anegar el mal. Armados con ella tendremos la fuerza necesaria, que Dios no dejará de darnos si la pedimos con humildad e insistencia, para no repeler la agresión, ni recurrir en ningún modo a la violencia, a despecho de las más brutales y descaradas provocaciones.

Firmes en esta convicción y con la seguridad de la victoria final, y a todos y cada uno de nuestros hermanos en Cristo podemos y debemos decirles: "Sed fieles en vuestro testimonio contra toda guerra y violencia ya que ésta es incompatible con el espíritu y las enseñanzas de Jesucristo".

"Morad en aquella vida y poder que aleja la ocasión de toda guerra."

"Procurad participar en el ministerio de la reconciliación, lo mismo entre los individuos que entre los grupos y las naciones."

Seamos verdaderamente pacíficos, seamos hacedores de paz, morando en la paz que hizo Cristo entre Dios y los hombres; y así, con nuestro esfuerzo, contribuiremos a conducir y guiar a otros para que gocen de esta paz, que el mundo no puede dar.

Domingo Ricart.

